CAPÍTULO III

Nuevos medios para adquirir la perfección cristiana.

§ I

El gran negocio de nuestro aprovechamiento espiritual no debemos tomarlo en común, sino en particular y muy despacio, ocupándonos con preferencia en combatir el vicio ó la pasión que más nos domine y que sea la causa más frecuente de todas nuestras faltas; de otra suerte nuestros esfuerzos no producirán todos los efectos de que son capaces, y nosotros no conoceremos el verdadero origen de nuestras miserias.

2. Notemos de paso que debemos poner por obra los propósitos y santos deseos que el Señor nos inspire, para que su divina Majestad aumente sus favores; pues quien usa bien de lo que conoce, alcanzará luz para lo que no conoce. El maná se deshacía cuando le daba el primer rayo del sol, y no era ya de provecho; « para que entendiesen todos, — dice la Escritura, — que conviene ser diligentes en aprovecharnos de las mercedes que el Señor nos hace, y á las cuales Dios agregará otras nuevas ».

3. Esta diligencia en usar luego de las gracias recibidas debe ser continua, y cuando nada hayamos hecho en el divino servicio, digamos muy entristecidos : Hoy no he dado paso ninguno en la virtud, ni me he mortificado en cosa alguna, ni he aprovechado las ocasiones de humillarme ; pero no será de esta suerte mañana con la gracia del Señor.

4. ¿Queremos adelantar en la virtud? No cometamos de propósito ninguna falta, por más ligera que sea. Hay culpas veniales que proceden de flaqueza, de ignorancia ó inadvertencia: éstas no producen amargura en los siervos de Dios, sino humildad, la cual los dispone á recibir nuevos favores y gracias del cielo. Otras culpas hay que se cometen de propósito, y son las que nos impiden recibir los grandes bienes que el Señor sin duda nos dispensaria si no las cometiésemos ; éstas son las que no nos dejan adelantar en la virtud. Es, pues, indispensable el evitarlas, procurando no detenernos en las sendas de la perfección cual si quisiéramos descansar un poco, pues no lograríamos tal descanso. En el camino de la vida espiritual, quien más se pára siente mayor cansancio. El cuerpo mientras más trabaja, más se fatiga y desfallece; pero el espíritu mientras más se ejercita, más aumenta sus fuerzas y adquiere nuevo aliento, Y así, cuando sintamos que decae nuestro fervor, procuremos luego reanimarnos, sin dejar que la frialdad endurezca nuestro corazón. El

herrero saca el hierro ardiendo de la fragua para que esté blando á los golpes del martillo, y antes que se enfríe lo vuelve á meter en ella, y luego sin trabajo se vuelve á calentar y enrojecer; así nosotros no dejemos que se acabe en nuestras almas al calor de la santa devoción, pues de otra suerte con gran dificultad volveremos al fervor primitivo.

5. Pongamos los ojos en las personas más virtuosas para imitarlas. Este es otro medio que tenemos para adelantar en las sendas de Dios. Decía San Antonio Abad que debíamos ser como las abejas, que toman la miel de las mejores flores, procurando imitar las virtudes en que más resplandece cada uno de nuestros hermanos: de uno la modestia, de otro la humildad, de otro la obediencia, y así de los demás. Y ésta sea la santa emulación que traigamos siempre con nosotros, adelantar en la virtud, aprender de los otros y á la vez edificarlos con nuestros ejemplos.

6. Para obtener lo que hemos dicho con mayor facilidad, es un medio muy provechoso considerarnos siempre como el primer día en que verdaderamente nos convertimos al Señor. En ese día lloramos con gran dolor nuestros pecados, nuestros propósitos eran muy firmes, y muy grandes los deseos que teníamos de servir á Dios; queríamos desagraviarlo á toda costa y nos sentíamos llenos de fervor. Pues recordemos y renovemos tan hermoso día, y esto nos será de gran provecho. Los buenos criados, por mucho que hayan servido á sus amos, no dejan de hacer lo que de nuevo se ofrece, que antes que todo lo ejecutan con gran voluntad y más bien que al principio. Digamos, pues, con David: « Ahora comienzo », y llenos de fervor trabajemos en el divino servicio; y así como los que cavan en busca de un tesoro, cuanto más se acercan á él trabajan con mayor diligencia, nosotros cuanto más adelantemos en la virtud y perfección y más nos acerquemos al Señor, procuremos también trabajar con mayor diligencia y empeño.

7. ¿Para qué nos ha llamado el Señor al Cristianismo? Esta pregunta que con frecuencia nos hagamos á nosotros mismos, será un buen medio para reanimar la devoción si hemos caído en la tibieza, ó para tomar de nuevo el buen camino si acaso nos hemos extraviado. Dios nos tiene en el seno de su Iglesia para que le amemos y sirvamos, y logremos así la salvación. No estamos en el Cristianismo con el fin de trabajar por las riquezas, ni para gozar de los placeres de la tierra, ni para obtener dignidades y grandezas, pues nada nos aprovechará que ganemos todo el mundo perdiendo nuestras almas. Si el Hijo de Dios no tuvo otro negocio en la tierra que entender en amarnos y buscar nuestro provecho, y muy á costa suya, ¿qué

mucho que nosotros no nos ocupemos sino en amar y agradar más á Dios, y en buscar y procurar su mayor gloria? Y así como el caminante que se ha dormido mucho y ve muy lejos á sus compañeros se da gran prisa con objeto de alcanzarlos, nosotros, cuando veamos que muchos de nuestros hermanos se nos han adelantado en el camino de Dios, corramos con gran diligencia por esa misma senda, y la pasada tardanza sírvanos de espuela que aligere y violente nuestra marcha hasta llegar al monte de la perfección y de la gloria.

§ II

8. « Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto, — nos dijo el divino Salvador. « Acá en la tierra, los padres se alegran en tener hijos semejantes á si mismos: ¿cuál será el gozo que damos á Dios, nosotros sus hijos adoptivos, si procuramos parecernos á su divina Majestad con una vida irreprensible y santa? Y nosotros mismos tendremos un contento indecible cuando el Señor no tenga que decirnos: « He criado y exaltado hijos, y ellos me han despreciado», supuesto que en todas nuestras obras tratemos de glorificarlo. Dar contento á Dios: ¿no es esto, por ventura, un gran motivo para procurar con decidido empeño hacernos santos? ¡Oh, que yo agrado á Dios cumpliendo su divina ley! ¿Cómo no tratar de vencer mis pasiones, de humillar mi soberbia, de huir los placeres y amar los desprecios, á fin de alcanzar aquella gloria que los mismos ángeles, si fueran capaces de envidia, pudieran envidiarme?

9. Ser hijos parecidos al mejor de los Padres, que está en el cielo, es una dignidad muy grande, que nos da una nobleza que no podemos comprender; obremos, pues, como hijos de quien somos, y no desdigamos ni degeneremos de los altos y hermosos pensamientos de hijos del Señor.

10. La santidad de Dios es infinita, y con todo, Jesucristo nos dice que seamos perfectos como nuestro Padre celestial; trabajemos por lo mismo sin descanso para adquirir la perfección; que cuanto más avancemos en ella, más cercanos estaremos al Señor. Pero no debemos olvidar que es indispensable este trabajo hasta el fin de nuestra vida, porque no será coronado sino el que legítimamente peleare, esto es, con perseverancia hasta el fin. Comenzar es de muchos, perseverar es de pocos. Muchos israelitas salieron de Egipto, y de todos ellos sólo dos entraron en la tierra prometida. Y no es el trabajo del que edifica echar los cimientos, sino concluir el edificio. Consideremos no tanto nuestros principios como

nuestro fin. San Pablo comenzó mal y acabó bien, y, al contrario, Judas comenzó bien y acabó mal. Reflexionemos que es necesario seguir el camino de la virtud hasta la muerte, donde únicamente se asegura el premio. De otra suerte, tenemos que recordar estas palabras del Señor: « El que echa mano al arado y vuelve atrás, no es apto para el reino de Dios. » Acordémonos de la mujer de Lot, convertida en estatua de sal. La sal sazona y preserva de la corrupción; así también ese recuerdo nos haga advertidos y nos conserve en el camino del bien; escarmentemos en cabeza ajena y no sirvamos para otros de escarmiento.

11. Para alcanzar esta perseverancia procuremos fundarnos muy bien en la virtud y en la mortificación. Las manzanas dañadas son las que presto se caen y no llegan á la sazón, pero las buenas son las que duran en el árbol; así nosotros, si no tenemos sólida virtud, si es vano nuestro corazón y en lo interior conservamos la soberbia, la presunción, la impaciencia ó alguna otra afición desordenada, nuestra perseverancia se halla en gran peligro.

12. Otro medio para adelantar en el camino del Señor es el escuchar como debemos la divina palabra, y he aquí las principales reglas para hacerlo con provecho:

13. Oigamos los sermones, no por costumbre, sino con verdadero deseo de aprovecharnos. No vayamos á ellos por curiosidad, atendiendo al modo y gracias del predicador ó á las flores de su elocuencia; atendamos á la substancia del discurso. No seamos como la criba, que despide el grano y la flor de la harina, y se queda con la paja y el salvado.

14. Reflexionemos que el objeto de los sermones y pláticas espirituales no es decirnos cosas nuevas y extraordinarias, sino traernos á la memoria lo que ya sabemos, para disipar nuestra tibieza y animarnos al cumplimiento de nuestros deberes. Así el Apostol decía á los filipenses que les escribía lo mismo que ya les había manifestado.

15. En los sermones y pláticas espirituales debemos tomar para nosotros mismos lo que allí se diga, y no aplicarlo á los demás. « El hombre prudente, — dice el Espíritu Santo, — aplica á sí mismo las palabras provechosas; mas el vicioso y vano se desagrada de ellas y las echa á sus espaldas. Y aplicarlas á los demás y no á nosotros, sería ver la paja en el ojo de nuestro vecino y no ver la viga en el nuestro. »

16. Finalmente, debemos conservar en nuestro corazón las sentencias y los afectos que más nos hayan movido para que lleguen á fructificar en el tiempo conveniente, acordándonos de estas palabras del Señor: « La semilla que cae en buena tierra, denota á aquellos que con un corazón bueno y sano oyen la palabra de Dios

y la conservan en su corazón. » Y de estas otras de David : « Escondí tus palabras en mi corazón para no pecar, para resistir á las tentaciones, para animarme á la virtud y perfección [1].» ¡ Cuántas veces, en efecto, el recuerdo de lo que hemos oido en los sermones, y los sentimientos que en ellos el Señor nos ha inspirado, nos llenan de valor y fuerza en el combate, haciéndonos triunfar de todos nuestros enemigos! No dejemos, pues, que las aves del cielo, los demonios, nos roben la buena semilla que el Señor ha sembrado en nuestros corazones por medio de su divina palabra.

1 Luc., VIII. — Psalm. CXVIII.

TRATADO II

DE LA PERFECCIÓN DE LAS OBRAS ORDINARIAS

CAPITULO PRIMERO

Nuestro aprovechamiento y perfección consiste en hacer bien las obras ordinarias.— Medios para esto.— Males que deben evitarse.

§ I

Lo que es bueno y justo, — dice el Señor — hacedlo bien [1]. » Todo nuestro aprovechamiento y perfección consiste en hacer lo que Dios quiere que hagamos, y en hacerlo como El quiere que lo hagamos. Lo primero lo tenemos en cumplir la ley de Dios y de la Iglesia y las obligaciones de nuestro estado, y lo segundo en cumplir bien esas obligaciones, porque de esta manera quiere Dios que las cumplamos; esto es, en hacer, por ejemplo, la oración bien hecha, nuestro examen con recogimiento; en oir la Misa ó decirla como

1 *Deut.*, XVI, 10.